

NOTAS Y COMENTARIOS

LA SUBSTANCIA DEL HOMBRE Y EL PROGRESO MATERIAL

Cuando se habla de desarrollo económico se alude fundamentalmente al progreso material, aún en los casos en que se piense en un desarrollo social, con auto-realización de las personas y calidad de vida. En realidad se da por supuesto que sin progreso material no hay ni felicidad ni dignidad para la gente. Este supuesto sólo es verdadero relativamente. En efecto, el progreso material, como dice el economista de la London Schools of Economics, P. T. Bauer, no se identifica ni es un supuesto necesario de la felicidad, de la dignidad, la sensibilidad o la armonía humanas.¹ Podemos decir que la miseria ataca severamente la vida humana, pero no podría decirse lo mismo de una pobreza relativa. Lo que es evidente es que la abundancia material se relaciona más a menudo de lo que nos atreveríamos a confesar con dificultades en el nivel humano espiritual y por lo tanto con la felicidad y la dignidad. Así lo ha patentizado la sociedad de consumo.

A. O. Hirschman, un especialista en temas del desarrollo económico, no tiene reparo en confesar que "la ciencia social de nuestro tiempo no ha logrado dilucidar la cuestión de las consecuencias políticas del crecimiento económico..." y que "estas consecuencias son a menudo desastrosas cualquiera sea el régimen—capitalista, socialista o mixto— que presida el crecimiento".² Tampoco es un secreto que la correlación entre satisfacción y prosperidad económica arroja una curva en forma de U invertida: más acá y allá de cierto *optimum* la satisfacción decrece.³ El período inmediatamente anterior a la Revolución Francesa fue de gran prosperidad.

En resumen, las relaciones entre felicidad y prosperidad material no son claras. Desde antiguo se sabe, eso sí, que para que el hombre pueda dedicarse a intensificar su vida espiritual debe tener resuelto mínimamente su problema económico (ponemos entre paréntesis a ascetas y místicos, ya que nuestra perspectiva es sociológica) pero desde antiguo se sabe también que la felicidad propiamente humana y la abundancia material no correlacionan de modo necesario ni siquiera débilmente. La ética cristiana, que nunca miró con buenos ojos a la miseria, siempre sostuvo también que el goce excesivo de los bienes materiales atentaba contra la vida interior y que es en ella donde el hombre encuentra mucho más su paz y su felicidad que en el disfrute de los bienes exteriores.

En consecuencia, si las cosas son así, el progreso material puede generar problemas antropológicos y éticos graves. Por eso es que resulta totalmente ab-

¹ *Dissent on Development*, Weindenfeld and Nicolson, London, 1976, p. 27.

² *Les passions et les intérêts*, PUF, París, 1980, p. 7.

³ Boudon, R., *Effets pervers et ordre social*, PUF, París, 1977, p. 131.

surdo plantearse el desarrollo socioeconómico como un fin, siendo como es sólo un medio. No es el aumento indefinido de bienes materiales a disposición del hombre lo que interesa lograr, sino un cierto bienestar que permita al hombre dedicarse a aquello que en realidad lo haga feliz. Es evidente entonces que no cualquier tipo de desarrollo económico es lo que le conviene. Y que sin educación para una vida humana, sin *paideia*, no hay plenitud para el hombre. De ahí también que la llamada educación para el desarrollo plantee una problemática que no por estar ajena a las teorizaciones corrientes sobre el asunto deja de generar menores dudas e incógnitas en quien se detiene a ver el progreso material bajo la luz del gran tema de la felicidad humana.

Small is beautiful

El problema del desarrollo no es otro, en último término, que el problema de la producción. Por cierto que incluye muchos más aspectos, como el del acceso masivo o igualitario a los bienes básicos, pero lo primero es, sin duda, el problema de la producción. Y el problema de la producción depende a su vez de la pregunta: producir ¿para lograr qué?

No son pocos los que han visto que el mundo actual da por sentado que esa pregunta tiene ya una respuesta, pero no es así. "Uno de esos errores fatales de nuestro tiempo es de creer resuelto el problema de la producción", ha dicho en un libro notable E. F. Schumacher.⁴ La sociedad de consumo basada en la producción exponencial no está hecha a la medida del hombre ni de la naturaleza. Schumacher habla de un triple atentado: La dilapidación de los recursos no renovables, el menosprecio de los márgenes de tolerancia de la naturaleza y el atentado contra la sustancia humana (expresión de donde tomamos el título de esta nota). Si bien Schumacher no se refiere a la felicidad sino a la paz, sus reflexiones pueden trasponerse perfectamente. La ruta de la paz sigue la ruta de la riqueza, dice una de las convicciones del mundo actual. Schumacher dedica un capítulo de su libro a refutar este aserto. Allí recuerda la falacia denunciada por Gandhi de "ese sueño de un sistema tan perfecto que no habrá ninguna necesidad de ser bueno". ¿Para qué pedir al hombre cualidades muy difícilmente adquiribles, si la abundancia generalizada resolverá todos los conflictos? El célebre Lord Keynes, dice Schumacher,⁵ afirmaba que no estaba tan lejano el día en que todo el mundo sería rico: La Avaricia, la Desconfianza y la Usura son los Dioses que nos hace falta conservar todavía un poco, "porque ellos solos pueden guiarnos a través del túnel de las necesidades económicas hacia la luz". Las consideraciones éticas no son sólo descartables sino que constituyen un obstáculo, porque "lo que es feo es útil y lo que es bello no lo es absolutamente", según las brujas de Macbeth que Keynes se complace en citar. El razonamiento sería como sigue:

⁴ *Small is beautiful - Une société à la mesure de l'homme*, Contretemps - Le Seuil, París, 1978, p. 15. Traducción nuestra de la versión francesa.

⁵ *Ibidem*, p. 24 y ss.

Primo: la prosperidad universal es algo posible.

Secundo: es posible acceder a ella a condición de optar por la filosofía materialista y su "enriquezcase Usted".

Tertio: ella conduce a la paz.

Dejemos de lado el problema del agotamiento de los recursos no renovables. Incluso en el supuesto de que eso no llegue a ser un problema, si el consumismo crece y se extiende por el mundo, el problema de la polución subsistiría hasta llegar a extremos alarmantes. "Una filosofía que busca la realización del hombre en la sola búsqueda de la riqueza —en concreto, el materialismo— no se ajusta a este mundo porque tal actitud no conoce ningún principio de limitación, mientras que el medio ambiente en el cual ella se inscribe es estrictamente limitado" (ib., pp. 29-30). Pero vayamos al aspecto humano de la cuestión, que es el que aquí nos interesa. Keynes decía con toda claridad⁶ que el único modo de progresar económicamente, sea en el nivel personal como en el social, es dejar de considerar la avaricia como un vicio, la práctica de la usura como un delito y el amor del dinero como algo despreciable. El progreso económico no viene si no se acude a ese poderoso estímulo que es el egoísmo humano. Schumacher piensa que es la concupiscencia frenética y el apetito llevado hasta la orgía lo que constituye la causa profunda de la expansión de la economía moderna. Falta saber si de tales causas puede salir algo durable o si portan en sí los gérmenes de su destrucción. La peligrosidad de esas pasiones proviene del obnubilamiento de la inteligencia que ellas producen, en una palabra la incapacidad de ver las cosas como son. Ahora bien, si son sociedades enteras las que se ven presas de esos vicios, ellas pueden producir frutos materiales aparentemente admirables, pero se mostrarán de más en más incapaces de resolver los problemas más elementales de la existencia cotidiana. Los frutos que se aprecian son entonces la frustración, la alienación y la inseguridad crecientes. Es una ilusión creer que el gobierno pueda resolver este tipo de problemas. (Estas reflexiones de Schumacher nos traen a la memoria el "estado de gracia" de que hablaba F. Miterrand con el triunfo socialista en Francia, que dio, por lo demás, muy pronto muestras de su carácter ilusorio).

El hombre —en resumen— no puede vivir sin sabiduría de vida. Schumacher pide para esto una vuelta de la economía al estudio de lo durable: La perennidad es imposible con una actitud rapaz. Toda multiplicación de las necesidades tiende a aumentar la dependencia del hombre de las fuerzas exteriores que escapan a su control y alimentan la angustia o el temor existenciales. Y con esto tocamos un punto neurálgico de la llamada sociedad de consumo, modelo "ejemplar" de progreso que se ha hecho casi universal.

Schumacher clama por un retorno tecnológico a lo pequeño, por un abandono del gigantismo y la acumulación de bienes y de poder. La electrónica —añadamos— puede tal vez prestar buenos servicios en el sentido que marca este

⁶ Cit. por SCHUMACHER, *op. cit.*, p. 31.

autor,⁷ a condición de una "conversión" del hombre y de la sociedad. Ni más ni menos. Nunca se puede decir en Historia contemporánea que hayamos llegado al punto de no-retorno, aunque, es verdad, el optimismo frente al futuro no tenga ya cabida. Es el pecado de concupiscencia de los bienes exteriores lo que nos ha dejado a merced de las fuerzas exteriores, irracionales y desatadas.

Una cuestión de la que el desarrollo económico no puede desentenderse es la del vacío y la insatisfacción —es decir *à la limite* de la frustración y con ella de la violencia— "de una vida esencialmente consagrada a la persecución de fines materiales", como dice el autor que venimos citando. Esto nos plantea frontalmente el problema del papel que debe cumplir entonces la economía en general y en particular en esta perspectiva del desarrollo.

Humanismo y economía

Es absolutamente evidente que la economía se edifica a partir de un concepto del hombre y del cosmos. Lo quiera o no el economista, es decir quien se ocupa de la economía, todo su saber depende de ciertos principios generalmente no explícitos. En una imagen bien ilustrativa, Marcel De Corte⁸ nos indica lo que está pasando con la economía: "Nos asemejamos a los pasajeros de un navío que, sin saber adónde van y sin esperanzas de arribar a puerto, acumularan en las bodegas alimentos y mercaderías para una travesía sin final". Producimos a más y mejor pero no sabemos bien para qué. Es el hombre el que produce y el que consume —nos recuerda De Corte— y si ignoramos al hombre y su naturaleza, aunque tengamos a mano todos los bienes materiales posibles e imaginables, nos faltará el dato esencial del problema económico. Es evidente que el desarrollo pende también de este dato.

El primer problema a resolver por la economía es, pues un problema filosófico. Seguramente los directamente interesados se encogerán de hombros ante esta afirmación. Sin embargo, como dice De Corte, el no tener una filosofía es, ya, tener una. ¿Cuál será? Aquella que Schumacher denunciaba también: *La filosofía del interés a corto plazo*, que es muy mala consejera, porque renuncia a ocuparse de los intereses más duraderos, es decir de los esenciales.

Por otra parte, si el modelo de desarrollo son las sociedades industriales (capitalistas o socialistas) llamadas también *desarrolladas*, quienes buscan imi-

⁷ Un investigador del Instituto de Estudios sobre el Desarrollo, de la Universidad de Sussex, Carlos Fortín, nos hacía notar que la destrucción de valores humanos que venía a traer la modernización y la industrialización, tiene mucho que ver con economías de escala. Al parecer, por lo menos en algunos sectores, el avance de los procesos de información electrónica estarían revirtiendo las tendencias a las economías de escala. Estos procesos parecerían hacer posible un fenómeno de descentralización del proceso productivo que haría que el nivel óptimo de escala pudiera empezar a reducirse significativamente. De ser así podría verse el resurgimiento de formas de relaciones sociales primarias, por así decir, que sean compatibles con formas de desarrollo tecnológico altamente avanzado.

⁸ "Para un humanismo económico", Rev. *Ethos*, Buenos Aires, Nº 1, 1973, pp. 11-79.

tarlas deben saber de antemano la profundidad de la crisis en que ellas se debaten. La crisis es más evidente en las sociedades que están en tránsito hacia el desarrollo, porque a los problemas morales y políticos se les agregan los específicamente socio-económicos planteados por el cambio hacia formas de organización inadecuadas a su situación llamada "periférica". En efecto y por lo que a nosotros, latinoamericanos, nos interesa más, en el ámbito de la periferia del capitalismo estos problemas son muy serios por la inaplicabilidad del modelo capitalista central. R. Prebisch lo ha planteado *in extenso* recientemente⁹ y si bien sus propuestas son discutibles,¹⁰ la crítica es totalmente justificada.

El hecho es que la "tensión desarrollista" es universal e intensa. Las naciones quieren "desarrollarse", es decir tener acceso a más bienes materiales sin haber resuelto, muy por el contrario, el uso bueno o malo que van a hacer de ellos. Si el uso respetara la naturaleza del hombre y el orden de la naturaleza, nada habría que objetar a las aspiraciones desarrollistas. Pero es de temer que tales parámetros sean ajenos a dicho apetito y que lo que vaya a imponerse sea el libertinaje con el liberalismo y luego el estatismo como consecuencia necesaria. Un ejemplo de esta secuencia lo está dando un poco patéticamente Francia (y por supuesto varias otras naciones desarrolladas). Liberalismo con estatismo, es decir una doble esclavitud: A las propias pasiones materialistas y luego al Leviathán que hay que montar para poner un poco de orden en el desenfreno.

Pero lo grave en realidad es que no hay conciencia de estos problemas. Nosotros hemos preguntado a veinte personalidades especialistas en el tema del desarrollo, personalidades europeas y latinoamericanas, por el problema de los valores en el marco del desarrollo. Las respuestas han sido en general decepcionantes. En muchos casos no se sabía bien a qué nos referíamos, en otros era el silencio por respuesta y finalmente otros se refugiaban en un optimismo dogmático: Con el desarrollo vendrían las respuestas a la crisis de los valores. Algunos se atrincheraban en la convicción de que no tiene que ver una cosa con la otra, es decir el desarrollo con los valores. Por supuesto que en alguno existía la inquietud por el problema, sobre todo; por las enormidades del mercantilismo materialista. Pero lo notable es que inmediatamente aparecía la atribución a la "política" o al Estado de la responsabilidad de ordenar las consecuencias de la pérdida de los valores. Evidentemente aludimos a los valores "humanísticos". No es que el Estado y la política no tengan en eso graves responsabilidades, pero resulta evidente que sin una "conversión" de las personas tales responsabilidades son imposibles de cumplir, y que tal conversión supone recuperar la acción económica para el servicio del hombre en su totalidad esencialmente espiritual, que es lo que lo define como hombre, constituyendo su *diferencia específica*. Hay una nefasta tendencia a atribuir a la política y al Estado la responsabilidad de poner orden en la crisis que nos afecta a todos, países desarrollados y en

⁹ *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, FCE, México, 1981.

¹⁰ Prebisch plantea, por ejemplo, una "síntesis" entre capitalismo y socialismo para salir de la crisis, lo cual revela que no ha captado suficientemente la hondura de las raíces antropológicas de donde provienen los males que denuncia. Ni el capitalismo conocido ni el socialismo están libres de ellos, aunque de distintas formas.

vías de desarrollo, como si “la fácil reforma de las instituciones dispensara de la difícil reforma de los espíritus y de las costumbres”.¹¹ De Corte llega a decir que “la reforma de las instituciones no es buena sino en la medida en que esté impregnada de una concepción de la actividad económica conforme con la naturaleza real del ser humano. En caso contrario es nefasta”.¹²

De la economía al revés

Mientras el desarrollo no tenga en cuenta otros fines que el de la productividad económica y de la distribución, sin preguntarse por el por qué, cuántos y qué clase de bienes hay que producir y distribuir será imposible evitar “la economía al revés” que padecemos. Es la pregunta por los fines la que debe ser resuelta antes de “desarrollarse”. El último de estos fines que ordena los fines intermedios es el propio ser humano en todas sus dimensiones y cuenta habida de la jerarquía de éstas. Si la economía se declara auto-suficiente y se aísla en la búsqueda de una producción encerrada en sí misma, no se hará más que exacerbar la crisis. Crisis de los países desarrollados atiborrados de abundancia sin sentido; crisis de los que procuran el desarrollo en la ceguera respecto de los fines. Los bienes económicos deben convertirse en bienes humanos, en la bella expresión de De Corte. La economía, según este autor, ha llegado a una completa inversión. Se ha colocado la producción por encima de todo. No se busca con la producción satisfacer las verdaderas necesidades del consumo, sino que se exagera artificialmente el consumo para sostener una producción que sufre de elefantiasis, al menos en los países que han alcanzado a superar los niveles de subsistencia, cuando no ocurre que una parte de la población esté económicamente sumergida mientras otra se harta de los bienes más sofisticados (característica esta última de los países de la periferia capitalista). Y esto con la complicidad de un Estado protagonista en el proceso, como se lo puede ver en países como Brasil, México y la Argentina, pero también en el “centro” (en Europa y hasta en los EE.UU.). Ha sido señalado el carácter “canallesco” del desarrollo en países como Brasil o Argentina. La competitividad, el afán de riqueza, la avaricia y la envidia, en suma, generan un “ethos” materialista que encanallece la vida.

Los mistificadores del progreso

Si es verdad que la economía debe ser a la medida del hombre, el desarrollo debe replantearse totalmente, fijando los fines que se buscan antes de lanzarse a la loca aventura del aumento de la producción por el aumento mismo. Somos conscientes que al decir esto cometemos un pecado de “leso liberalismos”

¹¹ DE CORTE, M., *op. cit.*, p. 16.

¹² *Ibidem*, p. 16, subrayado en el original.

—al menos del liberalismo tal cual se lo practica y predica. Y también de “leso socialismo” aunque por otras razones. Peter L. Berger ha dedicado un libro a estos “misticadores del progreso”, yendo de Brasil a la China como casos extremos.¹³ Lo impresionante de estas experiencias es que no toman en cuenta para nada ni siquiera las necesidades “sensoriales” de la gente. En este nivel se producen dos fenómenos contrarios, paradójales, pero no contradictorios. Por una parte se ve perturbada por el eficientismo y el racionalismo modernos la sencilla pero rica vida sensorial “tradicional”. La primacía de la abstracción sobre la concreción cognoscitiva, la aceleración de los ritmos vitales previamente mecanizados (la tiranía del reloj es un buen ejemplo) turban los modos de inserción en el mundo y el contacto íntimo y moroso con la naturaleza y los “prójimos”. Pero al mismo tiempo se produce una sobre-estimulación sensorial, no ordenada a coadyuvar a la vida interior sino al contrario. La “modernidad” —meta básica del desarrollo sobre todo capitalista— demanda un pesado tributo incluso en el nivel de los sentidos, sobre-estimulados y por lo tanto hartos al mismo tiempo que hastiados. Este efecto sobre la vida sensorial desordena profundamente al hombre. Los placeres sensibles tienen esa doble característica, la insaciabilidad al mismo tiempo que el hastío. La imagen trágica de este extremo la da la drogadicción. La exacerbación de la vida sensorial es uno de los problemas del desarrollo. Pero como el desarrollo produce tensiones psicológicas grandes —en general la vida “moderna”— los sujetos necesitan de más compensaciones sensoriales, con el resultado de mayor agotamiento, hastío y alienación.

Todo esto y la falta final de “sentido”, torna de más en más inhumana esta vida. El atentado contra el sentido último de la vida, al carecer el desarrollo o la modernización de finalidad propiamente humana, acarrea muchos males psicológicos y morales. La sociedad de consumo debe transformarse en una sociedad de bienes suficientes que no entorpezcan la vida serena y “la no comprada gracia de la vida”.¹⁴ Los excesos del materialismo “matan el alma”, el hombre queda sin vida espiritual o ésta es tan débil que no alcanza a devolver sentido a la vida, puesto que, al fin, es en el interior del hombre donde éste se encuentra a sí mismo. *In interiore hominis habitat veritas.*

Además es en el goce que produce la actualización de las potencias superiores más que en la esfera de la sensibilidad, que el hombre ve “confirmada” su naturaleza propiamente humana y se reconcilia con sí mismo, puede descubrir el sentido de la realidad, el orden cósmico y la apertura a lo Trascendente. Mientras nada de todo esto se tome en cuenta, el progreso económico no sólo no dará satisfacción al hombre, sino que se lo impedirá activamente.

Los costos del progreso

Si del análisis antropológico pasamos al socio-político, lo primero que choca en la búsqueda del “progreso” es la tentación totalitaria de imponerlo a la

¹³ *Les mystificateurs du progrès. Du Brésil à la Chine*, PUF, París, 1978.

¹⁴ Frase de Burke que cita y analiza ROSSELL KIRK en *Un programa para conservadores*, Rialp, Madrid, 1957, p. 63 y ss.

fuerza. Desde la Revolución Francesa esta tentación ha sido una constante de la "modernidad". Entre nosotros la experiencia reciente del "caso Martínez de Hoz" es también un ejemplo. Detrás de esta tentación de la fuerza están siempre, por supuesto, la ideología y el mito. Los grandes mitos "subyacen tras los principales modelos ideológicos que se refieren al cambio social", dice Berger¹⁵ y agrega que esos mitos deben ser denunciados. En nuestra encuesta a especialistas en desarrollo socio-económico no hemos hallado conciencia de estos problemas. El costo humano del "progreso" debe ser sopesado, dice Berger. Y la búsqueda de soluciones al problema del desarrollo deberá echar al olvido las definiciones *ideológicas* que tienen vigencia hoy en día (idem). Debe ser rechazada la "clique" de políticos e intelectuales de uno y otro bordo que se atribuyen una comprensión superior del problema del desarrollo. Tal pretensión —continúa Berger— es falsa. Está demasiado comprometida en su totalidad la existencia humana como para dejarla al arbitrio de presuntos "especialistas". Como dice Bauer¹⁶ la ciencia económica carece *incluso* de una teoría general del mero progreso material, nada digamos de las implicaciones sociales, psicológicas y político-morales que los cambios económicos implican.

En este campo sólo se puede proceder gradualmente por modestos tanteos, cosa que sin duda repugna a los ideólogos. Modestos tanteos, digamos, que respeten escrupulosamente lo que surge de manera más o menos espontánea de la realidad tanto física como humana. Caso contrario se violará la naturaleza de las cosas y esto no sin graves peligros. La realidad enseguida emite voces de alarma frente a los intentos revolucionarios de los ideólogos, pero éstos suelen responder automáticamente que tales resistencias y fallos se deben a que la ideología que profesan (el "modelo" según gustan decir) no ha sido aplicada de manera suficientemente cabal. Así es como proponen respuestas de este tipo: Los fracasos se deben a que el "liberalismo" o el "socialismo" no se han impuesto suficientemente. "Déjennos hacer a nosotros", exclaman, "y verán". En la Argentina hemos pasado cíclicamente de una política o otra —liberalismo versus populismo— con resultados siempre catastróficos, pero los ideólogos claman por la aplicación más "ortodoxa" de su receta, lo cual constituye un círculo infernal, un espiral que a cada vuelta de tuerca se hunde más y más en la crisis.

En el fondo, y para expresarlo como Schumacher, es la sustancia humana la que se rebela frente a los corsés y aparatos ortopédicos de las ideologías del cambio.

Mientras el hombre actual, contagiado de ideologías, no vuelva sobre su propia sustancia, el destino del "desarrollo" será no sólo problemático sino suicida. Es fundamental advertirle sobre los peligros que entrañan esas ideologías del cambio. "El mundo está actualmente dividido en campos ideológicos —dice Berger—. Los partidarios de cada campo nos dicen con mucha seguridad

¹⁵ *Op. cit.*, p. 11.

¹⁶ *Op. cit.*, p. 24.

dónde estamos y lo que deberíamos hacer. No se debe creer a ninguno de ellos".¹⁷

Otro estilo de vida

En un ensayo titulado así, *Otro estilo de vida*,¹⁸ el economista argentino Carlos Moyano Llerena, ha resumido admirablemente¹⁹ la temática que nos ocupa. Nosotros hemos conocido el libro después de tener redactadas las reflexiones anteriores. Sin embargo el pensamiento de Moyano Llerena les sirve de exacto colofón.

"Debe rechazarse como falsa la supuesta identificación entre un mayor crecimiento económico y una mejor calidad de vida. El gran éxito logrado en el aumento de la producción en algunos países ha permitido, por cierto, notables mejoras en la salud, en la instrucción y en el confort de su población. Pero ello no ha evitado una insatisfacción fundamental que se advierte en importantes aspectos de su existencia" (p. 135).

Esa insatisfacción proviene del hecho siguiente —y pensamos no traicionar el pensamiento del autor—: Cuando todo el mundo mejora, no hay mejora *relativa*, es decir el status de la gente permanece invariado. El problema está en que la gente quiere mejorar respecto de sus vecinos de arriba, de abajo y de los costados. Es en realidad la envidia social el motor, más que la tradicional avaricia. Así las cosas ocurre entonces, por ejemplo, que el tiempo de trabajo no se reduce porque la carrera de ascenso desenfrenado continúa por más que la sociedad global goce de crecientes bienes, los cuales con su abundancia, dejan de ser "símbolos de status", que es en realidad lo que más interesa cuando se los adquiere. De esta manera el tiempo de trabajo no se reduce. La gente de la sociedad industrial de consumo "no tiene tiempo", pertenece toda ella al *mundo totalitario del trabajo* (en la feliz expresión inspirada en Josef Pieper).²⁰ Por otra parte, en este tipo de sociedad, se sacrifican muchas necesidades (las

¹⁷ *Op. cit.*, p. 11.

¹⁸ Buenos Aires, Sudamericana, 1982.

¹⁹ Únicamente lamentamos que se haya dejado inducir por Ortega y Gasset distinguiendo sólo dos tipos de actividad humana: la utilitaria y la deportiva. Habría que completar esta distinción con la clásica entre "agibile" y "factibile", el obrar y el hacer. En realidad las tareas más altas y felices son las que parten o llevan al "agibile", al operar immanente que no se refleja (que no termina) "ad extra": Así el conocimiento, la contemplación (del Ser) y la fruición (del Bien y la Belleza). El hacer, en cambio, termina "ad extra", en un *producto* exterior (sea utilitario o deportivo). Mientras que el pensar y el amar (la beatitud en suma) quedan en lo immanente de la persona y en ello halla el hombre la verdadera y única felicidad. Lo otro es sólo un medio para esto (sea lo utilitario o lo deportivo). (La referencia a Ortega está en la p. 108).

²⁰ *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 1962, p. 68. La frase de Pieper es "mundo laboral totalitario".

afectivas y en general las espirituales) a la única necesidad aceptada: Ganar más para consumir más. No hay verdaderamente "tiempo libre". "El tiempo —dice Moyano Llerena— es identificado con el dinero ("time is money"), y la angustiosa sensación de su escasez se manifiesta en la agitación característica de las sociedades más ricas" (ib., p. 136).

El autor propone, pues, *subordinar deliberadamente* lo económico a los objetivos de un desarrollo integral armonioso. Para ello no hay más ni menos que *reducir el tiempo de trabajo* (el autor piensa siempre en el trabajo *ad extra* y compulsivo), *limitar consiguientemente el consumo y expandir los bienes no-económicos*. "No se trata de rechazar el adelanto económico en una actitud ascética o antitécnica". Muy por el contrario, se debería aprovechar de la técnica para esos fines (análogamente a lo que nosotros decíamos sobre las posibilidades que la electrónica brinda en ese sentido).

Porque es un problema de fines, es decir, ético. Y la economía no tiene en realidad nada que decir al respecto como no sea ponerse al servicio de un hombre liberado de la sujeción a la que ella misma ha contribuido largamente a generar.

ABELARDO PITHOD

Sapientre N° 148